

Domingo V del Tiempo ordinario

Ciclo B

“Curó a muchos enfermos de diversos males”

Marcos 1, 29-39



Job 7, 1-4.6-7 • “Me harto de dar vueltas hasta el alba”

Salmo 146 • “Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados”

1 Corintios 9, 16-19.22-23 • “Ay de mí si no anuncio el Evangelio”

Marcos 1, 29-39 • “Curó a muchos enfermos de diversos males”

Reflexión y oración

Pongámonos en presencia de Dios.

Pidámosle al Espíritu Santo que nos ilumine para que nos haga comprender lo que Él quiere decirnos por medio de este texto en el que descubrimos distintos aspectos de la vida de Jesús:

- Jesús que participa asiduamente en los actos de la comunidad en la sinagoga.
- Jesús que convive con sus discípulos.
- Jesús que cura a los enfermos, que es solidario de las necesidades con las que se encuentra donde está o con los enfermos que le llevan a donde Él está.
- Jesús que dialoga largamente con Dios Padre de lo que vive, de lo que hace, de lo que ve, de lo que piensa hacer.
- Jesús es itinerante y anuncia a todos la Buena Noticia.
- Le doy gracias y le pido por mi, por mi equipo, por mi comunidad, por la Iglesia y por el mundo.
- Llamadas, compromisos que deduzco de lo que he contemplado para realizarlos.
- Dialogo de todo ello con el Señor.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Encontramos hoy a Jesús saliendo de la sinagoga (29) donde los judíos se reunían para escuchar la Palabra de Dios, donde lo vimos en el texto del domingo pasado enseñando y curando.
- Jesús está en Cafarnaún. Allí ha puesto su centro de operaciones, su cuartel general. Un lugar de más comunicaciones que su pueblo, Nazaret. Se instala junto al lago de Genesaret. De allí son Pedro y Andrés, los dos pescadores. Desde allí organizará sus distintos viajes por los pueblos de la Galilea.
- El dejó Nazaret y se instaló en Cafarnaún.
- El relato de hoy, juntamente con el texto del domingo pasado, contiene una jornada entera de Jesús, tal como nos la presenta el evangelista Marcos. Empieza en la Sinagoga y a continuación viene lo que nos dice el texto de hoy.
- Vemos hoy que cura a la suegra de Pedro (31), es el segundo milagro que nos ofrece el Evangelio de Marcos. Un milagro fruto de la relación y estima que Jesús tenía con aquellos dos hermanos, Pedro y Andrés. Es un acto de delicadeza por parte de Jesús: “se acercó, la cogió de la mano y la levantó”. Una vez curada, “se le pasó la fiebre y se puso a servirles”. (31). ¡Con cuánto cariño lo haría!
- Por la tarde, cuando el descanso sabático ya ha terminado, le llevan a Jesús los enfermos y las personas que sufrían (32). Y Jesús pone paz y felicidad donde había dolor y tristeza.
- A Jesús le llevan las penas de este mundo, la gente dolorida, machacada. Son los suyos, para ellos ha venido de una forma especial. Esos serán los que de ordinario se acercarán con más frecuencia a Jesús.
- Esos han de ser también los compañeros de la Iglesia y de sus seguidores. Esos han de ser los nuestros.
- De nuevo aparecen en escena los demonios que son derrotados y de nuevo Jesús les manda guardar silencio para no confundir al personal proclamando un mesianismo que la gente no entendería, por hacerlo muy de este mundo (34).
- Como colofón de este día ajetreado encontramos a Jesús en solitario rezando de madrugada, hablando con Dios Padre, lo que nos muestra la íntima unión que existía entre Jesús y Dios Padre. Jesús permanentemente está unido a Dios Padre. Ese es el auténtico motor de su vida. Jesús ora frecuentemente (35).
- Pero el final no está ahí sino que como un círculo la vida le lleva a tratar de estar a solas con Dios, y el estar con Dios Padre no es para quedarse con Él, sino que le empuja a la misión: “Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí, que para eso he salido” (38). Es una manera de hacer muy de acorde con lo que necesitamos, con lo que tendríamos que hacer.
- Jesús se convierte en el maestro itinerante, no se cierra en unos pueblos. Va recorriendo los poblados anunciando la Buena Nueva y sembrando por donde pasa la paz y la esperanza, dando vida, instaurando el Reino de Dios.

Vámonos, a las aldeas cercanas, para predicar también allí

¿No nos estás diciendo también a nosotros lo mismo?
¿No es a nosotros a quien nos dices:
Id y predicad, id y anunciar la Buena Nueva?
Tú, Señor Jesús,
nos dices: no os quedéis parados.
Lo que habéis visto y oído,
lo que habéis experimentado no os lo guardéis
para vosotros compartidlo con otros.

Es lo que nos dice el Apóstol Pablo:
“Porque anunciar el Evangelio no es para mí un motivo
de gloria; es una obligación que tengo.
Y ¡pobre de mí si no anunciara el Evangelio!”

Es también lo que nos dijeron los Padres Sinodales
“Nosotros queremos confirmar, una vez más,
que la tarea de la evangelización
de todos los hombres constituye la misión
esencial de la Iglesia”.

Es lo que nos dijo Pablo VI de la evangelización:
Se trata de “Una tarea y misión que los cambios amplios
y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más
urgentes. Evangelizar, en efecto,
constituye la dicha y la vocación propia
de la Iglesia, su identidad más profunda.
Ella existe para evangelizar”.

Ya tenemos delante, Señor Jesús, lo que Tú hacías
y lo que nos dice la Iglesia.
El camino está señalado pero...
¿cómo recorrerlo?
¿qué hacer?
¿cómo hacerlo?
¿dónde hacerlo?
¿con quien hacerlo?
Muchas preguntas no fáciles de responder.

Enséñanos, Señor Jesús,
a ser evangelizadores.
Enséñanos a saber ofrecer al mundo
la Buena Nueva del Evangelio
con obras y palabras,
siempre en todas las circunstancias
de nuestra vida.
Gracias, Señor Jesús,
por tantas personas de Iglesia
que han hecho de la evangelización
el sentido, la razón de sus vidas.

Perdón por nuestras cobardías,
perdón por nuestros temores
a la hora de ofrecer tu Buena Nueva.
Perdón por nuestras perezas.
Perdón por nuestras divisiones.
Perdón por nuestras incoherencias,
perdón por nuestras infidelidades
que escandalizan a aquellos que nos tienen
por evangelizadores...

Que tu Espíritu Santo,
igual que en aquel primer Pentecostés,
descienda con toda su fuerza sobre la Iglesia
para que, unos y otros, cada uno con lo que somos
podamos anunciar la Buena Nueva,
presentarte a Ti al mundo,
construir tu Proyecto que es el de Dios.
Y así ser, como Tú Señor Jesús, evangelizadores.





VER

Una laica, comprometida en su parroquia, comentó con cierto cansancio: 'Esta tarde tengo dos reuniones. Me gustaría acudir a todo, pero es imposible. Llego hasta donde llego'. Es una experiencia muy común, porque ser cristiano coherente no consiste en 'cumplir' el precepto dominical y vivir la fe de modo intimista y pasivo. Ser cristiano coherente es ser discípulos y misioneros, corresponsables en la misión evangelizadora. Y se es corresponsable no sólo mientras se lleva a cabo algún compromiso evangelizador, sino en todo momento y en todos los ámbitos de la vida. Ser cristiano coherente en la vida cotidiana requiere un esfuerzo añadido al esfuerzo que ya supone la propia vida, y por eso nos acabamos cansando.



JUZGAR

Cuando somos cristianos coherentes y nos esforzamos en llevar un estilo de vida lo más acorde posible con el Evangelio, las tareas se multiplican y también los quebraderos de cabeza. Y al principio lo hacemos con ganas y decisión, como respondiendo a un reto. Pero pasa el tiempo y no vemos apenas avances ni cambios; más aún, nos parece que quienes no se plantean su vida desde la fe viven más tranquilos, porque no tienen esa carga de trabajo extra que suponen los compromisos eclesiales, ni sufren los cuestionamientos que nosotros sí nos hacemos. Y, por una parte, experimentamos que no podemos dejar de actuar como actuamos; y, por otra parte, nos acabamos cansando y preguntándonos la razón de seguir este camino, si al final todo parece dar igual.

Como Job en la 1ª lectura, acabamos sintiendo que los días de nuestra vida son "como los de un jornalero... me harto de dar vueltas hasta el alba... mis días se van consumiendo faltos de esperanza...".

Es lo que dice el Papa Francisco en 'Evangelii gaudium' 277: «Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que desearíamos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico».

Por eso, san Pablo, en la 2ª lectura, nos invita a reflexionar: "Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga. Pero, si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio. Entonces, ¿cuál es la paga?" Si 'me pesa' seguir día tras día un estilo de vida coherente con el Evangelio, ¿dónde encontrar la motivación última para continuar? Y san Pablo nos responde: "Precisamente dar a conocer el Evangelio". El mismo hecho de procurar vivir y anunciar lo que creemos y celebramos ha de ser la fuente y la motivación para ser un cristiano coherente, aunque me suponga un esfuerzo y cansancio añadidos.

Por eso, en el Evangelio hemos escuchado el resumen de una jornada cotidiana de Jesús: al salir de la sinagoga fue a la casa de Simón y curó a su suegra, al anochecer curó a muchos enfermos...

Es un no parar, y podemos imaginar el cansancio y la tensión que sentiría. Pero Jesús "se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar". Precisamente por la magnitud de su misión, de lo que debe hacer cada día y del trabajo y cansancio que le supone, Jesús necesita y busca un tiempo de oración, a solas con el Padre. Y ahí encuentra su fuerza y la motivación para seguir adelante y afirmar: "Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido.... Así recorrió toda Galilea...".



ACTUAR

¿Procuro ser un cristiano coherente? ¿Experimento que 'no llego' a todo lo que debería llegar? ¿Me siento cansado, me he cuestionado la razón de seguir este camino? ¿Cómo es mi oración?

Es muy humano sentir cansancio y cuestionarse nuestro compromiso cristiano. Pero, como advierte el Papa, «el problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho». (82)

Por eso, «siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga». (262). Sigamos el ejemplo del Señor y cuidemos la oración, para anunciar el Evangelio de palabra y de obra, superando el cansancio como Jesús, porque para eso somos cristianos, discípulos y apóstoles suyos.